

# **Gaspar Betancourt Cisneros** **“El Lugareño”.**

**Manuel I. Mesa Rodríguez.**

*Mayo - junio 1937*  
*Rev. Bimestre Cuba*

*Conferencia en el Círculo de Bellas Artes de La Habana, leída el*  
*29 de Abril de 1936.*

Señoras y señores:

Ante todo debo justificarme con ustedes, ya que en corto tiempo me he presentado varias veces en esta tribuna para charlar sobre temas cubanos, pero ello se debe a una convicción y a un propósito. Convicción de que el cubano, en términos generales, ignora la historia de Cuba, y con ella, la de sus hombres representativos de significación más trascendente, extremo en que ha venido a abundar, reafirmando mi opinión, no hace muchos días, el Dr. René Lufriú desde la tribuna de la Academia de la Historia. Propósito, el de aprovechar cuantas oportunidades se me presenten, para mostrar a los que no lo conocen y recordar a los que lo hubieren olvidado, esas gallardas figuras de nuestro ayer que han debido ser el modelo de los de hoy, y que para desgracia nuestra las hemos visto sustituidas en los más de los casos, por unos cuantos logreros desvergonzados y por seudopatriotas que han convertido a la patria en feudo y capellanía de todas sus concupiscencias.

Para presentaros a Gaspar Betancourt Cisneros, “el Lugareño”, arquetipo de patriotas, hombre franco, llano y cordial, campechano, lugareño sano y fuerte, como él mismo pudiera considerarse al suscribir sus valiosas páginas empleando el seudónimo que lo ha hecho famoso, estoy con ustedes esta tarde en que me



propongo hablar de este personaje que presenta a la consideración del cubano, varios aspectos, pero entre los más salientes, como muy bien me decía hace poco mi buen amigo y compañero el Dr. Francisco González del Valle, el de fomentador de la cultura y el progreso del país, el anexionista sincero y el patriota y escritor, en cuyos aspectos trataremos de lograr su figura en este que no será más que pálido boceto del incomparable camagüeyano.

He tenido ante mí un problema difícil de solución, ya que el acto a que asistimos tiene por objeto conmemorar su natalicio, pero he aquí que, en tanto unos autores fichan en el 23 de abril de 1803 su nacimiento, otros lo sitúan en el día 28 y otros en el día 29; y hasta existe una lápida en la casa en que nació con esta última fecha; notado esto cuando ya el tiempo no me permite investigar allá en el Camagüey, la verdad verdadera, me decidí porque fuera en este día de hoy en que se efectuara el homenaje, a reserva de que en su día aclare, si es posible, la exactitud de la fecha del nacimiento de Don Gaspar.

No seguiré en este trabajo el camino de la vida de "el Lugareño" averiguando y diciendo qué día le sale el primer diente, cuándo acude por primera vez a la escuela, o cuándo comienza a usar el pantalón largo, según la costumbre añeja, hoy desaparecida, de que los muchachos usáramos el calzón corto hasta determinada época de nuestra existencia. Mi propósito es el de ir con él por la rutilante vía que trazara su existencia, porque creo que ha de interesarnos más, y que es al cabo lo único que tiene interés vital en la historia y particularmente en la biografía, el hablar y saber lo que significaron en su paso por la vida estos hombres, que queremos mostrar como ejemplos dignos de emularse. Con esa visión, pues, prescindamos de todas esas pequeñeces inocuas que suelen acumular algunos biógrafos con el ánimo de abultar papel y miremos al Gaspar Betancourt Cisneros que representa obra y acción fecundas y nobles en bien de su patria y de su región bien amada del Tílima y el Hatibonico.

*Propulsor de cultura*, es una de las figuras más destacadas de su tiempo, por el convencimiento bien arraigado en él, de que sólo pueden hacerse sólidos y virtuosos los pueblos cuya cultura esté bien afianzada y donde el analfabeto está en menor por ciento; para lograr lo uno y lo otro, labora tesoneramente en ese empeño



de alfabetización y cultura, y para lograrlo cumplidamente, se convierte en maestro y da clases, abre su bolsa y erige escuela donde se dan con la inteligencia de la letra expresiva de ideas, las lecciones de amor y fe, de concepto del hombre y el ciudadano, para abrirles nuevos horizontes a los que hasta allí no han sido acaso más que pobres hormigas cargadoras de una sociedad envilecida por esclavitud vergonzante.

“El Lugareño” no desaprovecha ninguna oportunidad de enseñar, y quiero recordar aquí, por su interés, parte de uno de los capítulos más bellos, del cuento camagüeyano de José Ramón Betancourt, titulado “Una feria de la caridad”, cuya lectura debo a la bondosidad de mi buen amigo el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, que me facilitó su ejemplar—hoy una rareza bibliográfica—, a fin de que pudiera preparar este trabajo. José Ramón Betancourt, sobrino de “el Lugareño”, como acabo de decir; es el autor de esa novela o cuento camagüeyano, y la pintura que hace de su tío es tan magistral, tiene tonalidades tan plenas, hay pinceladas tan vigorosas, que no puedo sustraerme a la tentación de dejaros conocer esas notas brillantes de color en la vida del hombre que vamos considerando; y porque ella es la corroboración de cuanto se ha sostenido en anteriores párrafos. Está ahí presente el enseñador a toda hora y en cada oportunidad, amado con reverente cariño por los camagüeyanos.

El comandante Armona persigue a un bandolero por tierras de Najasa, Najasa es el predio en que “el Lugareño” desarrolla en potencia sus afanes cubanísimos del trabajo por brazos libres y de la creación del pequeño terrateniente como medio de vida efectiva para la agricultura cubana, medio que se encargará años más tarde en asesinar el latifundio azucarero.

La sociología cubana ha sido mirada con indiferencia por la gran mayoría de los hombres de Cuba republicana y sin embargo los cubanos de aquella época a que pertenece Gaspar Getancourt, como Arango y Parreño, Saco, Pozos Dulces y otros, se ocuparon preferentemente de la vida social cubana y a ello hay que atribuir el hecho de que hoy se vean nuestros campos abandonados y nuestros pobres guajiros constituyendo la alarmante y vergonzosa caravana de indigentes que migra de pueblo en pueblo representando el hambre y la miseria en una tierra en que antaño fueron



el símbolo de la más típica clase del trabajo y la acogedora camaradería del cubano noble y dadivoso.

¡Con qué dolor verían, si se alzaran de sus tumbas aquellos patricios que tanto lucharon por la agricultura cubana, estas legiones de guajiros con sus hijos medio muertos al brazo y sus pobres compañeras a rastras convertidos en parias en su propia tierra cubana!

¡Cuándo, Señor, cuándo veremos surgir nuevos cubanos que se parezcan siquiera a Pozos Dulces, a Parreño, al "Lugareño"!

Y no me llaméis pesimista, vosotros sabéis que esto es verdad, que son muchos los que lo ven, pero falta el civismo para decirlo y más todavía para abordarlo porque nos aterran los malditos intereses creados, porque hay muchos Crispines.

Pero, volvamos al aspecto propuesto y oigamos cómo describe a Gaspar Betancourt Cisneros, su deudo José Ramón en la página 20 y siguientes del Tomo II del cuento mencionado:

—“Hermosa casa, dijo Armona.

—Es la mejor de este ható, contestó el Pedáneo, no sólo por las comodidades que ofrece, sino por lo que enseña.

— Y como así!

“El propietario de esta casa es uno de esos hombres a quienes ha concedido Dios la gracia especial de darse a querer por todo el mundo, y el don noble y grande de comunicar sus sentimientos, sus ideas, y hasta su hacienda con sus semejantes, a quienes mira como a hermanos. No hay gusto mayor para él, cuando viene a su finca, que verse rodeado de sus arrendatarios, a quienes siempre tiene algo que enseñar y de quienes siempre aprende algo también, según él dice. Practica lo primero de tal modo, que en una conversación amenísima, valiéndose de un lenguaje al alcance de todas las capacidades y sin dejar entrever siquiera su pretensión de instruir, nos ha dado lecciones que estoy seguro no se escuchan mejores en los colegios (con perdón de V. sea dicho, señor Comandante). Al frente de ese mapa que tiene usted a la vista, hemos aprendido muchos lo que es nuestra tierra que no conocíamos: hoy sabemos algo de su historia, y desde la Punta de Maisí hasta el Cabo de San Antonio, podemos señalar sus pueblos, marcar sus distancias, sus caminos y sus puertos, determinar su población, clasificar sus terrenos, y en fin, todo aquello que pudiera inte-



resar a hombres de nuestra clase y circunstancias. La única contribución que se nos ha impuesto al enseñarnos esas cosas, es la de comunicarlas a otros, y crea V. que aunque ignoramos lo que es geografía, podemos hacerlo con facilidad, porque se nos han explicado de tal modo, se nos ha puesto ejemplos tan patentes y se han materializado de tal manera las ideas, que era necesario que tuviéramos la cabeza más dura que este suelo para no comprender a ese hombre. Cuando él está aquí no hay tristeza, ni apuro, ni aflicciones para nosotros: cuando él se va, su ciencia parece que queda en estas paredes, su espíritu se cierne sobre la altura de esas montañas y vela por nosotros y por nuestras familias; así es que nuestras mujeres y nuestros hijos le quieren y le bendicen todos los días, y nosotros le miramos como un padre, y no nos hallamos sin venir a esta casa a cada rato, no sólo porque es buena, sino porque como antes he dicho, enseña. Acaso se reirá Ud. de las tonterías que estoy ensartando; pero en el fondo de esas tonterías hay verdad y gratitud, cariño y fé. Y crea V. señor Armona, que siempre que salgo de estos umbrales llevo algo más en el corazón, en la cabeza o en el bolsillo.

—No me río, Capitán, y desearía por el contrario que todos los hacendados ricos de Cuba fueran así.

—Pues oiga V., todavía no es él lo que quiere: vea V. este planito que hay a la izquierda del de Cuba: es el de Najasa, tal como está hoy; aquí están marcadas sus dotaciones, y su producción para el arrendatario, y para el vínculo.

Vea V. este otro plano de la derecha: este es Najasa como debe ser y como será con el tiempo si las leyes lo permiten: aquí tiene V. repartida toda su área en ochenta potreros de veinte caballerías de tierra cada uno, bien figurados sus circuitos y mejor distribuidas sus aguas, sus montañas, sus sabanas y perfectamente dirigidos sus caminos. El área sola dada a censo, deja el duplo de la producción actual, y estas escalas que están al margen prueban muy en detalle que si los amos de haciendas comuneras en vez de conquistar terrenos con ejércitos de ganados y de gastar su dinero en pleitos con sus vecinos, llevaran a cabo este proyecto, darían trabajo a más de mil y quinientos brazos en cada hacienda y rendiría la agricultura y la industria pecuaria una producción cuatriplicada a la que hoy da al propietario y al país.



—Así que tengan Uds. buenas vías de comunicación y adquiriera nuestra riqueza territorial el valor que debe, verá V. hasta que punto son exactos los datos contenidos en esas notas que acabo de examinar y si puede o no realizarse ese proyecto en mayor escala.

—Pero me llama la atención un cuadro verde que hay en el centro de ese plano.

—Ese está destinado a un potrero modelo, que se reserva el dueño. ¿Ve V. esa torrecita que está en un ángulo del cuadro? Es una iglesia que aun no tenemos por aquí. ¿Ve V. esa otra? Es una escuela, y las dos fábricas indicadas en los demás ángulos están destinadas a una posada decente que no existe por estos alrededores y a una Quesera por el estilo de las de Suiza.

—Y en verdad que los quesos de Najasa tienen fama en toda la Isla.

—Y sin embargo no contamos con otra cosa para hacerlos, que con cuatro o cinco reglas escritas por él mismo, después de haber oído nuestras observaciones.

—Aquí hay otro plano, dijo Armona.

—Este es el de la parte central de la Isla de Cuba y en el que ya están delineados los ferrocarriles que debieran cruzarla.

Esto otro, dicen que es de un amigo de la Habana, cuyo apellido va enlazado a todas las mejoras introducidas en el cultivo de la caña y en la elaboración del azúcar entre nosotros: es el proyecto de un ingenio en que se ensaya la división del trabajo por brazos libres.

Ese plano y las notas que le rodean prueban hasta la evidencia que, además de todas las ventajas que produce al país, la realización de este proyecto, deja incuestionablemente el veinte por ciento del capital.

—Quisiera estar más despacio para estudiar este proyecto.

—Allí lo tiene V. todo explicado, y el objeto de mostrar los planos en este punto, es para que se vean, se examinen y se hagan observaciones.

—Dígame V. ¿y esos bustos de yeso que adornan los cuatro ángulos?

—Uno es de Cristóbal Colón, contestó el Pedáneo: el otro es el de Isabel la Católica: los del frente son del eminente filósofo



y educador de la juventud cubana D. José de la Luz y Caballero; el de nuestra gran poetisa, según él la llama porque ya reveló ingenio desde los primeros versos, Tula Avellaneda, y el bayamés D. José Antonio Saco, ilustre publicista y acérrimo impugnador de la trata africana.

—Es curioso, murmuró Armona, siguiendo al Pedáneo, que lo introdujo un instante después en un espacioso aposento que tenía al frente una gran ventana que permitía ver un jardín: otra al costado que daba a la sabana y una puerta en la pared opuesta que abría comunicación a las demás piezas interiores. Este aposento estaba adornado con grandes estantes llenos de animales de Cuba, perfectamente disecados.

—Todo esto es obra suya, dijo el Pedáneo, así es que nosotros no encontramos por aquí un pájaro, un insecto cualquiera, o una piedra rara, que no se la traigamos al instante, y después los vemos como animados tras esos cristales y bendecimos la mano de Dios que ha derramado la vida y la belleza por todas partes.

En los huecos que dejaban los estantes, había sillas de cedro, forradas con cuero curtido y tachuelas a usanza antigua del país: sobre éstas y colgadas en las paredes, veíanse cuadros que contenían retratos y litografías representando ganado de diversas razas y naciones y ganchos de alambre que conservaban algunos periódicos o manuscritos y por fin dos bustos de yeso.

Una ancha hamaca cruzaba el aposento de un lado al otro y al pié de ella había un pequeño estante lleno de libros y de cuadernos impresos: sobre ellos estaba un gran antejo. Armona tomó en sus manos uno de esos cuadernos y leyó este título: "Informe sobre haciendas comuneras por el Ldo. D. Ignacio de Agramonte" (Se refiere a I. Agramonte y Recio).

—Este es un camagüeyano juriconsulto distinguidísimo, dijo el Pedáneo.

—Aquí veo también, observó Armona, mezclados con las obras de los primeros clásicos españoles, libros de Varela, Saco, de Heredia y de Delmonte junto a otros manuscritos de personas que me son desconocidas.

—Este, añadió el Pedáneo, tomando uno, es de la Srita. Avellaneda; vea V. su perfil pintado por el Lugareño, que es tan





amante de las artes como de las letras, pues he visto retratos y cuadros hechos por él que envidiaría algún artista."

Es un poco extenso el panorama que acabamos de describir, pero tan agradable, tan suave, dice tanto, que no me atrevo a comentarlo, prefiero que cada uno de ustedes lo saboree a su antojo, que lo guste con su propia sensibilidad.

La obra literaria del Lugareño, dada a la estampa en "El Fanal", en la "Gaceta de Puerto Príncipe", en "El Siglo" y algunas otras publicaciones recogidas alguna que otra vez posteriormente, esperan aún la mano de un entusiasta que las recoja definitivamente en volumen y la dé a la estampa para deleite de los que saben de lo bueno, porque su estilo es característico, y todos sus trabajos son al cabo lecciones útiles de sociología cubana en la que entró sin embajes, con aquella su peculiar franqueza de llamar las cosas por sus nombres y poner en claro todo lo que le parecía turbio.

Suyo es este pensamiento que le retrata:

"Es conveniente y aun necesario introducir la idea nueva por la Aduana vieja."

En sus trabajos sobre Colonización blanca, en que pedía la inmigración de familias canarias, de cuyo tronco procedía, en los de caminos de hierro, en los de educación, en los de agricultura, en todos se deja ver el propulsor del mejoramiento del país, el orientador del porvenir de la patria, con sinceridad tal, que se ve a todas luces que su patrimonio le importa un bledo con tal de que Cuba sea.

A Don Gaspar se debe uno de los movimientos de progreso más notorios de Cuba, y muy particularmente en la época en que el mismo se llevó a cabo, me estoy refiriendo al de la construcción del camino de hierro de Puerto Príncipe (hoy Camagüey), que va hasta Nuevitas. Y aun cuando el de la Habana a Güines se inauguró con unos meses de antelación, debe consignarse, y justo es que se haga en honor del "Lugareño", que este último pudo realizarse porque él facilitó a los de acá, todos los datos necesarios para emprender la obra, y con el apoyo del gobierno pudo ésta realizarse en menor tiempo que la del Camagüey que se debió exclusivamente al esfuerzo de él y unos pocos amigos que se pusieron a la empresa. Y como señala Calcagno, fué el de Nuevitas



el que primero obtuvo la R. O. por la que se concedía la autorización para la obra.

Hay en esto también, un hecho significativo, que el Dr. Segura Cabrera hizo resaltar en su conferencia del Ateneo de la Habana, en el año 1919, y es que estando Najasa en la zona comprendida entre Camagüey y Santa Cruz del Sur, "el Lugareño", para no despertar sospechas de interés personalista, y porque ello era lo que convenía al Camagüey, y Camagüey estaba por encima de sus intereses, lo llevó a Nuevitas que está al norte, es decir, en sentido opuesto al de su hacienda de Najasa.

Este desprendimiento, parecerá cosa de leyenda si lo comparamos con el altruismo y desinterés de los señores de ahora que acometen obras en beneficio de... cualquier colectividad, siempre que ellos estén interesados en el negocio.

Sobre esto dice Segura Cabrera: "delicado, generoso, noble en todo", nosotros le añadiríamos, cubano, bien cubano, de los de verdad, de los que ahora no aparecen, de los que nos hacen tanta falta.

El anexionismo del Lugareño, en su momento y en su forma, no podrá ser considerado, al menos yo lo creo así, mal cubanismo, no, hay en él, coloquémonos en su tiempo, un solo interés, un solo fin, que Cuba se separe de España, que no siga siendo lo que era y al aspirar a ello lo hace de buena fe, con honradez manifiesta, con alteza de miras, pecho afuera.

Hay que considerar en primer término, que su anexionismo aparece con posterioridad a actos suyos en aspiración de lograr la independencia, es menester recordarlo en Octubre de 1823 a bordo de la goleta *Midas* con rumbo a la Guaira formando parte de la comisión que iba en busca de Bolívar para lograr acción inmediata por la independencia de Cuba; debemos contemplarlo considerando el fracaso de los "Soles y Rayos de Bolívar" en ese mismo año 23, plan abortado, como casi todas las revoluciones de Cuba, y en general de América, por la delación de un traidor o por la permanencia en el complot de algún chota asalariado. Es preciso contemplarlo en 1830 viendo morir antes de nacer el "Aguila Negra". Hay que recordarlo presidiendo el Consejo Cubano que consideraba abortada también la conspiración de la "Mina de la Rosa Cubana", que debía efectuarse en Trinidad en 1848,



y comprender que el patriota íntegro que había en él para aspirar a liberar a Cuba del yugo español, no encontraba ya más camino que el de la anexión y sin embargo es notable el hecho de que no participa en la preparación de las expediciones de López como él mismo declara; y en 1854, se le ha de ver, adjurando del anexionismo al comprender la política tortuosa de siempre, realizada por el gobierno de la Casa Blanca, exclamando:

“El Gobierno español en Cuba es el ladrón que roba y despoja a Cuba de todo cuanto tiene; pero el Gobierno de los Estados Unidos es el raptor que la viola y deshonor. Yo, a nombre de Narciso López, a nombre del pueblo cubano, en el seno de esta asamblea y en la presencia de Dios, quiero dejar consignada nuestra solemne protesta contra el raptor y violador de Cuba.”

Estas frases han sido estampadas en una carta publicada en la “Revista Cubana”, de Varona, año 1891, tomo XIII, p. 106, carta en que Cirilo Villaverde se propone vindicar a Narciso López. Ella me merece crédito por ser de un patriota de la calidad de Villaverde y porque las frases denuncian al “Lugareño” tal y como él era.

He dicho en mi libro sobre José Antonio Saco, “que su pluma sola bastó a pulverizar a los anexionistas, pero que éstos no merecen execración por su empeño, ya que al cabo eran honrados en su aspiración”, afirmación que se ha hecho más firme en mí cuando ahora he vuelto a releer las cartas que constituyen el epistolario de Gaspar Betancourt Cisneros que con tanta gentileza puso en mis manos hace algunos meses el erudito amigo y laborioso historiador Dr. González del Valle, entre esas cartas hay algunas que he de leer en parte porque ponen de relieve el entusiasmo y lealtad del “Lugareño” defendiendo su ideología de entonces y más que todo por la forma particular al polemizar con Saco su contradictor en esa cuestión.

Y tan entiendo que los anexionistas del grupo de “el Lugareño” son dignos de respeto y consideración que reproduzco lo que ya consigné también en mi citado libro sobre Saco; y que está tomado de la página 26 de la obra “La diplomacia en nuestra historia” por D. Manuel Márquez Sterling:

“El anexionismo ocupa en la historia patria un capítulo de honor. Si hoy abominamos de esa tendencia, para mí horribilmente



odiosa, es axiomático que incurriríamos en loca profanación juzgando con tal dureza a los próceres que la sustentaron con espíritu altivo convencimiento. El anexionista que floreció en los lustros de 1840 a 1870 no era un especulador vulgar, ni procedía con engaño, ni lo estimulaba el egoísmo, ni para el logro de sus aspiraciones desviaba al pueblo impulsando la anarquía, el escepticismo y la corrupción; hijo de una colonia sin ambiente popular, sin opinión pública organizada, sin tradiciones revolucionarias, consagraba sus influencias, sus energías y su férvido amor patrio al desarrollo de un principio político de independencia relativa, pero independencia al fin, que a su entender, era igualmente útil y glorioso, y colocaba el paraíso de sus ensueños bajo la sombra de la gran República en donde su mente se había cultivado al contacto de una civilización fascinadora.”

Y debemos recordar que Gaspar Betancourt Cisneros de 1822 a 1834 residió en los Estados Unidos y que habiéndose puesto en contacto con el espíritu de aquel pueblo y conocimiento de su idioma fué siempre un criollo muy criollo pero con los ribetes de puntual exactitud de carácter que delatan la influencia inglesa.

Si esto fuera un libro yo analizaría su polémica con Saco, que es muy interesante y que merece bien un especial estudio, pero no pudiendo hacerlo, y habiendo hablado antes de una carta a Saco, hora es ya que presente a Uds. cómo se manifiesta “el Lugareño” en esa epístola a “Saquete” como aquél llamaba cariñosamente a su amigo, firmando con el remoquete “Narizotas”, modo familiar con que se trataban ambos personajes.

La carta es de Agosto 30 de 1848 y dice en uno de sus párrafos:

“Por esto que he podido amontonarte aquí verás que e’est trop tard, como le dijeron al zama... de Luis Felipe para hacer retrogradar la opinión i la obra de independencia y anexión; independencia para descartarse de España i sus ladrones; anexión para tener un apoyo fuerte contra la Europa i contra nosotros mismos que al cabo, Saco mío, Españoles somos, i españoles seremos engendraditos i cagaditos por ellos, oliendo a Guachinangos, Sambos, Gauchos, Negros, Paredes, Santa Anna, Flores, etc. etc. ¡Qué dolor, Saco mío! ¡Qué semilla! ¡Oh! por Dios, hombre: no me digas que desees para tu país esa *nacionalidad*! ¡No, hombre!



Dame Turcos, Arabes, Rusos! dame Demonios, pero no me des el producto de Españoles, Congos, Mandingas i hoi (pero por fortuna frustrado ya el proyecto) Malayos para completar el mosaico de población, ideas, costumbres, instituciones, hábitos i sentimientos de hombres esclavos, degenerados i que cantan i rien al son de las cadenas, que toleran su propia degradación i se postran envilecidos ante sus Señores. No i renó: Si tal es la nacionalidad que hemos de conservar; si tal es el bien a que el cubano tiene que aspirar, malditos de Dios sean el bien i el beneficio."

En otra carta de fecha Octubre 19 de 1848 le dice al mismo Saco:

"Preciso es que te persuadas de que ni Cuba ni los cubanos, al menos los de nuestra época, y los posteriores, tienen nada que esperar de España sino cadenas, opresión injusta, i estafas sin caridad ni conciencia."

Y en la de 20 de Febrero de 1849, con el tono humorístico y franco que le era peculiar se expresa de este modo:

... "A mí me parece que oigo tu respuesta categóricamente cantada a estilo de guajiro del Bayamo:

¡Ai! de la leche sale el queso,  
Del queso sale el quesito;  
De los Españoles grandes  
Salen los Españolitos.

"Y a fé que tienes razón. Bien nos lo enseña nuestro sabio i virtuoso Varela, que a preferido a tales paraísos los hielos del Norte i los calores de Florida; pues aunque la tal Florida salió de leche española, con la sal de la confederación i harina de Pensilvania se puede pasar y tragar sin miedo. Allí siquiera no hai Flores, ni Paredes, ni Santa Annas ni otros que no dejan a uno hablar ni dormir sin tomar antes precauciones."

El temor de cansar a Uds. me impide seguir glosando párrafos de esas cartas que tienen valor muy significativo para nuestra historia, cartas en la que "el Lugareño" fija cuáles serían (desde luego en aquel momento) las condiciones en que Cuba entraría a formar parte en la confederación americana.



Debo advertiros que temperamentalmente yo soy anti-anexionista por ser por la misma razón anti-imperialista, pero yo no cometo la injusticia, que al cabo es torpeza, de querer colocar a Betancourt Cisneros y sus compañeros en mi momento, sino que por el contrario, me coloco en el de ellos y trato de preguntarme si hubiera actuado como ellos o como Saco contra ellos, y en verdad, es difícil, así, de modo concluyente decir, aun a pesar de ser francamente admirador de Saco como yo lo soy hace muchos años, decidirse, pero jugando un tanto con la imaginación, ante el desesperado estado de cosas que vivieron aquellos cubanos de la época a que nos venimos refiriendo, era forzoso sentirse capaz de la anexión antes de continuar en el miserable estado de parias a que el cubano estaba sometido, ya que como "el Lugareño" dijo a Saco en una de esas cartas que se han parafraseado:

"La anexión, Saco mío, no es un sentimiento, es un cálculo; es más, es la lei imperiosa de la necesidad, es el deber sagrado de la propia conservación."

Hemos visto ya en los rasgos que os he presentado de este boceto sobre Betancourt Cisneros, lo que era en Najasa difundiendo cultura y progreso, lo que significaba su anexionismo. Hemos de recorrer ahora la etapa del ciudadano, del patriota, y será pálido y débil cuanto yo os pueda decir, el propio "Lugareño" se os presentará gallardo, vigoroso, fuerte, íntegro, hombre de cuerpo entero, cuando contesta a D. José J. Roura en Junio de 1854, con la siguiente carta:

Nueva Orleans, junio 8 de 54.

Sor. Dn. José J. Roura.

Puerto Principe.

Muy Señor y amigo mio: Ha llegado a mis manos, por vía de Nueva York, su atenta carta de 5 de Mayo pmo. pdo. en que se sirve V. comunicarme la publicación del Rl. Decreto de Amnistía de 22 de Marzo último, a virtud del cual se consideraba V. ya



legalmente autorizado p<sup>a</sup>. comunicarse conmigo como lo deseaba, por el carácter que tenía de administrador de mis bienes.

Muy reconocido a esta atención de parte de V., cumple a mi amistad manifestarle que subsiste en toda su fuerza la causa que me privaba de su correspondencia. El impreso que le acompaño, publicado en esta ciudad el 9 de Mayo, le hará comprender a V. que los que suscribimos ese documento, preferimos la expatriación perpetua a los favores de un gobierno al cual miramos como al opresor de nuestra patria, y usurpador de todos los derechos de nuestros compatriotas.

Desde que me resolví a conspirar contra el Gob<sup>o</sup>. español, o más bien contra la dominación de España en Cuba, dí por perdidas todas mis propiedades, y no he pensado más en recobrarlas sino con la independencia de la Isla de Cuba, y un gobierno propio, libre y digno de la civilización de sus hijos. La conducta que V. ha observado respecto de los arrendatarios de los sitios y tierras de Najasa le hace a V. mucho honor, y me complaceo en reconocer y aplaudir el sentimiento de justicia y equidad que ha movido a V. a conservar en sus colocaciones a hombres que eran amigos o parientes del proscripto.

No he dejado de extrañar, amigo Roura, que V. conociendo mi carácter y mis principios, haya consentido por un momento la idea de que yo podría aceptar un perdón que no he solicitado, y que aceptándole mejoraría mi bienestar personal, pero nó en un ápice la causa a que llevo consagrados treinta años de mi vida. Permítame V. decirle, que mis principios, mis convicciones y mi moralidad política no se sacrificarán jamás a intereses materiales, ni a afecciones de familia, ni de amigos. La causa, la cuestión no es mía; es de Cuba y los Cubanos, es de un pueblo oprimido y ultrajado por sus propios progenitores, exheredado no solo de sus derechos de Españoles, sino hasta de los naturales de hombres, y degradado y condenado a la condición de Parias políticos, ilotas.

Continue V. con la administración que el gobierno le ha confiado y satisfaga V. con su honrado proceder a quien le ha encargado de esos bienes; y cuando V. juzgue que pueda legalmente escribir a los proscritos, mande V. sus órdenes a quien en todos tiempos, y bajo cualesquiera circunstancias—de preferencia en las



adversas—desea servir a los que llama sus amigos, y es de V. su más atto. y sgo. servir. p.s.m.b.

Gaspar Betancourt Cisneros.

(hay una rúbrica)

REVISTA CUBANA, La Habana, 1891, tomo XIII, pág. 185.—El original de esta carta se halla en el Museo Nacional, registrada al número 1031.

Como una ampliación para que os déis cuenta de cuan grande es la personalidad de este “Lugareño” hoy tan injustamente olvidado por éste vivir eléctrico de onda corta en que nos consumimos para provecho de los vándalos que aprovechan la coyuntura para entrar a toda uña en los sacros intereses de la patria, veámosle también desde el aspecto (no manifestado al principio por mí) de escritor de costumbres, en una carta que se dice dirigida “A mi amigo Juan Agarras de Santiago de Cuba” y que por su belleza y estilo es modelo en su género:

*A mi amigo Juan Agarras, de Santiago de Cuba.*

No hay nada de eso que tú supones, Juancho mío, en tu apreciable de 26 del pasado. No hay tales ansias, ni tales preparativos, ni tal embullo general para andar S. Juan a caballo; es todo lo contrario. Vosotros los de la Isla que estais al canto del agua os figurais que nosotros los tierradentro estamos por conquistar. Engreidos con vuestros caminos de hierro y acueductos vuestras empresas de minas y óperas italianas teatros y mercados, calles y alumbrado, serenos y otras mejoras sociales que al cabo de las mil y quinientas habéis podido lograr, cuando de puro viejas se han olvidado en otras partes, os divertís a costa nuestra, haciéndoos los muy creídos de que por acá sólo pensamos en echarnos a la calle a dar voces y carreras cual si fuésemos los únicos Patagones de esta Isla; que nuestra diversión predilecta es enlazarnos unos a otros como vacas, y sortearnos como toros y verracos en traje de mamarracho. Vaya!, que la riqueza produce los mismos efectos en los pueblos que en los individuos.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Pero pardiez que os habéis equivocado. ¿Creeis que porque no tenemos dos o tres mil extranjeros en la Ciudad, ni Luceros, ni Auroras, ni Planteles, ni imprenta litográfica, ni poetas que compongan dramas románticos estamos escluidos del banquete de las ideas del siglo, y que no nos tocan ni las sobras? ¿De qué lo inferís? De que andamos San Juan a caballo?, ¡Ay, camarada! Si por las diversiones populares hubiera de medirse la altura a que se encuentra la civilización de algunas sociedades; pueblos conozeo yo que no levantarían un gеме del tiempo de la conquista. Algunos conozeo yo en que su juventud mas requintada *a la derniere*, encuentra su mas grata diversión en una plaza de toros...! Pero nadie ve la viga en su ojo: el boticario no siente la peste de sus drogas, como el que entra de afuera. Sucedió desde abinicio lo que frecuentemente acontece en el reparto de un caudal, que unos herederos se cojen las fincas productivas y otros los drogones; unos se hacen ricos y otros pobres, y en el pobre todo es tiña. No creas que lo digo, chico, ni por queja ni porque esté disgustado, que la misma Providencia que encumbra los humildes convierte los drogones en pingües patrimonios de una familia virtuosa.

Para darte mejores ideas del estado actual de la civilización Camagüeyana te pintaré, como Dios me ayude la gente del Camagüey. Después te diré lo que hay y lo que pienso del S. Juan.

Tres clases nos diputamos hoy en el campo de la opinión; de esa opinión pública que impera despóticamente en cada siglo: los retrógrados, los estacionarios y los progresistas.

La divisa de los retrógrados es *vade retro*. Con ellos no hay términos de capitulación: toda idea nueva, todo proyecto o empresa nueva los espanta, como a los antiguos Americanos el cañonazo europeo. ¿Se les propone por medio de hombres honrados? Sólo *en su tiempo* había hombres honrados; hoy todos son pícaros. ¿Se les propone por medio de mujeres virtuosas? Sólo *en su tiempo* las había; hoy todas son coquetas. ¿Se les envían niños bien educados? Sólo *en su tiempo* había muchachos bien criados; hoy son todos mataperros. Y por este tenor, los novillos de *su tiempo* eran más hermosos y gordos; la tierra en *su tiempo* producía más y mejores yerbas; el sol era más claro, las aguas más dñles, el país más sano y la vida más larga. *En su tiempo* no se



necesitaba de caminos de hierro, ni puentes para ir a donde les daba la gana; ni de repartir las haciendas para que produjesen muchísimo dinero; ni del comercio libre para tener cuanto necesitaban; ni de condenadas imprentas, ni escomulgados libros para formarse hombres muy sabios y profundos. De aquí es el empeño del retrógrado de *volver atrás* del punto en que nos hallamos. El Hatibonico está turbio en el puente de la Caridad y es preciso ir a sus manantiales a buscar agua clara. Entiende, Juan, que al hablar así comprendo las masas, pero no determinadas personas, que en todas las clases hay siempre excepciones honrosísimas. Hombres conozco yo en ese bando que valen por diez progresistas; que están penetrados de esa verdad: que el tiempo presente es la consecuencia inevitable del pasado y el nuncio seguro del porvenir; hombres que han oído y entendido estas palabras de la sabiduría: "el árbol bueno, produce frutos buenos", y honran la juventud del siglo para honrarse a sí mismos. Los que así no obran al cielo escupen.

Los estacionarios se mantienen a pié firme, inmóviles como la loma de Tubaquey. Su divisa "Statu quo" no deja dudar de sus principios: *más vale malo conocido que bueno por conocer*. En este bando están alistados aquellos hombres que se llaman de sabiduría y prudencia, de pesetas y prestigios; de consiguiente es el bando respetable, imponente, preponderante; la masa es de hierro; Jovellanos los retrató en una pincelada, "hombres de buen corazón, pero de malos principios". En ellos *el principio de utilidad es la justicia, la estacionalidad es el orden; la costumbre es la ley ¡la fuerza es el derecho*. Esta enorme masa está apoyada por otra todavía mayor, la de matronas, gente como tu sabes sedentaria y poltrona, de cama y butaque; pero buena gente entre quienes, se puede vivir sin zozobras y gozar de algunas conveniencias: atajan, pero no empujan; sujetan, pero no aprisionan; regañan, pero no hieren; imponen su fe, pero no achicharran; exigen amor, pero no violentan: gente en fin cariñosa y amañada que dan, si quitan, y divierten al progresista si le hacen desertar de sus banderas, como se distrae a los niños dándoles juguetes para que no corran y se rompan las piernas. No puedo prescindir de transcribirte aquí algunas estrofas de una marcha patriótica que han compuesto lo estacionarios para que sus matronas canten



sin cesar y cual encantadora sirena atraigan a los progresistas, que generalmente son vivarachos y amigos de bullanga, baile y canto.

## PATRIOTICA ESTACIONARIA

## CORO

Viva la gallina.....!  
 Viva! Bravo! Bien!  
 No te vayas: ven!

Que más vale en el agua estancada  
 Diestramente las redes tender,  
 Que a los raudos torrentes lanzarse  
 Y las redes y vida esponer.

Viva la gallina.....!

Y a la sombra del árbol sentado  
 Dulce *Jagua* madura aguardar  
 Que afanarse en trepar el pimpollo  
 Y caer, o la verde encontrar

Viva la gallina.....!

Fiel paloma casera te arrulla  
 Junta al nido y pichón que te dá  
 ¿Porque en pos de torcaz volantona  
 Cazador indiscreto andarás?

Viva la gallina.....!

Deja el tiempo venir mesurado  
 Por el brazo de invicto Jehová:  
 Eres necio en pensar que un instante  
 Más o menos veloz correrá.

Viva la gallina.....!  
 Viva! Bravo! Bien!  
 No te vayas: ven!



Esto es lo que acá, tierradentro, llamamos *dar sebo*: el progresista que se deja así *ensebar* no tiene remedio sino que desierta de sus banderas y entra por el aro de la estacionalidad.

El bando progresista es el débil, disperso: es el bando de las simpatías y el amor, del entusiasmo y la atracción; bando de la juventud y la infancia de ambos sexos. Si lícito me fuera usar el tono de Profeta, diría que la divina Providencia le tiene condenado a sufrir grandes pruebas o durezas como al pueblo de Ysrael, hasta, que se haga digno del bello porvenir que le tiene preparado. La divisa común de nuestro bando, "E pur si muove", asegura que no hay un grado oculto de perfección, en la humanidad y una felicidad en este mundo a que podemos aspirar, si logramos generalizar nuestros principales principios, que son indestructibles: de lo bueno, el todo; no hay derecho superior al derecho; la justicia primero que la utilidad; la verdad sobre todo; Dios y Patria.

Pero nuestro bando es el mas inconsecuente y atronado, por lo cual es el más débil y disperso. Así es que los retrógrados nos ponen en ridículo, comparándonos al maquinista que creyó haber encontrado el movimiento perpetuo porque dió en la locura de estar siempre bailando. En realidad, Juanito, nosotros nos parecemos a aquellos cristianos que poseyendo la mejor doctrina, la deshonoran con la peor conducta. A excepción de los pocos, que como antes dije nunca falta en toda comunidad, la mayoría se compone de jóvenes inconsecuentes. Queremos de lo bueno el todo; pero no tratamos de descartarnos cuanto antes, de lo malo que tenemos. Queremos asegurar nuestros derechos; pero invadimos los derechos de otros. Queremos que se nos dé lo que se nos debe en justicia; pero nos negamos a dar lo que debemos en justicia. Queremos que resplandezca la verdad; pero servimos de tapa a la impostura y la mentira. Queremos en fin un Dios en el Cielo y una Patria en la tierra; pero nos desviamos del único camino que conduce a Dios y a la Patria; virtud, derecho, justicia y verdad.

El verdadero progresista debe ser consecuente con sus principios; retrogradar nunca; estacionarse jamás; adelante siempre. Alcanzó un escalón? pues a subir otro. Se apoderó de una verdad? pues a buscar otra, y entretanto que se desarrolla aquella con



todas sus consecuencias. ¿Hizo un Camino de hierro, fundó una escuela? pues otro y otra por otro lado; y así en el mundo intelectual como en el material la misión del progresista es adelantar y mejorar. Lo persiguirá la envidia, lo asaltará la calumnia; no importa, la humanidad lo defenderá; porque sus tendencias y su interés es estar mejor. Se le regarán obstáculos en su camino, se dirá que su idea o su empresa es imposible, o es estemporánea, o es inútil: adelante; su respuesta sea su divisa: "E pur si muove".

Es necio empeño disuadir al progresista de su propósito de perfectibilidad. Su principio es indestructible; está gravado en el corazón del hombre por el dedo del Omnipotente, y así se desarrolla en el individuo como en la sociedad; no hay un hombre, no hay una sociedad humana que no aspire a *estar mejor*. Se puede con un poco de arte y maña conseguir que se ignore la verdad, que no se conozca una cosa útil; pero está por descubrir el arte de *desenseñar o desaprender* una verdad conocida, una utilidad palpada; que igual sería ese intento al de un cura de mi tierra que mandó doblar por uno a quien creyó muerto, más luego que volvió del parasismo mandó al monigote que desdoblase.

Tal es el estado en que hoy nos encontramos, Juan de mi vida; es un crepúsculo de la civilización en que se ven los bultos, pero no se distinguen sus formas; es la lucha de las máximas y rutinas antiguas, contra los principios y métodos modernos; a la manera que los troncos de quiebra hacha y jiquí permanecen largos años profundamente arraigados después de tumbada y quemada la roza; es preciso aguardar que el tiempo los pudra y entre tanto sembrar contra el mismo tronco aguacates y palmas que producirán frutos para la generación siguiente.

Débil e inconsecuente cual te he pintado el bando progresista el Camagüey prospera; y si más no prospera, culpa es de nosotros que no tenemos las virtudes indispensables. No quiero que te atengas a mi simple palabra; te daré hechos. Por mi te responden los exámenes de la educación pública, los colegios y cátedras fundadas en estos días, las academias de Jurisprudencia, idiomas y Bellas Artes; las sociedades patrióticas de la Caridad, comercio y agricultura; esto en el orden intelectual. En el material por mi te responden los jóvenes agricultores y artesanos que hoy tenemos; las fincas fundadas en las desiertas haciendas



comuneras; los caminos de la jurisdicción abiertos a la medida legal, que los nacidos no vimos antes; hombres empleados en constituir un camino de hierro, que nuestros padres ni lo pudieron soñar; seis puentes más, construidos en los últimos seis años; edificios cómodos para alojar a la humanidad desvalida y enferma; plaza de recreo donde el año pasado sólo había zanjones é inundicias que arrojaban las negras vendedoras; todo esto, ó la mayor parte hecho, ¿por quien? Por un pueblo tierradentro, pobre y privado de relaciones sociales, reducido a triste y miserable tráfico de ganados y *pax tecum*, que a los diez o veinte años de publicada una obra o una doctrina en Europa, viene a catarla como por carambola. Considerado esto no es poco lo que se ha hecho.

Acaso no faltará quien diga que toda mi pintura no es mas que un bosquejo, el embrion del cuadro que ha de salir. Nora-buena, yo no he dicho otra cosa; porque no hay otra cosa, que un crepúsculo; pero la roza está tumbada, los troncones están quemados y, pesia tal, ya le hemos pegado al pie cada una de las semillas de aguacates y palmas y otras frutas, que nacerán y crecerán y producirán: allí esta escondido el progreso; allí escondidos los resultados: "E pur si muove".

Ahora Ud. me dirá, Señor D. Juan, si Ud. cree de buena fé que los Camagüeyanos nos desvivimos por andar San Juan a caballo y si estamos caminando para atrás como los cangrejos. El San Juan a caballo se volvió a permitir desde el año de 1836; (1) pero es de aquellas cosas que se quedan para las gentes rezagadas y los muchachos y negritos. El año pasado salieron muy pocas muchachas, y algunos de los jóvenes que, como he dicho, son progresistas en el nombre y retrógrados en los hechos. Este año me creo que no habrá comparsas a pie, ni ideas graciosas, ni nada; porque no hay a la fecha preparativos para nada; prueba de que la opinión de la gente sensata y de la juventud de tono, que es la que inventa, gasta y da la ley, no se quieren ver enredadas y empuercadas por las patas de los caballos. Por mi parte yo he pensado llevar un apunte exacto de todas las ocurrencias Sanjuaneras y puedes contar de seguro con que te daré puntual y fiel

---

(1) Rescrito por Rét. en *el Aguinaldo*, etc.



noticias de todo; te irá el retrato de todos los progresistas desiertos con sus pelos y señales. Plumas no faltan, ni tinta, ni papel; y lo más que se me sobra es el tiempo y la voluntad para contarte cuanto mis ojos vean.

Pásalo como puedas que lo mismo hará tu invariable amigo que te ama mucho,

*EL LUGAREÑO*

INGENIO \*\*\* A 31 DE DICIEMBRE

Mi querido amigo: a pocas horas de distancia veo venir el año bisiesto de 1844 con sus bigotes herizados y su tren de esperanzas y desengaños para los que de ellas vivimos, y con ellos moriremos. Séale a Ud. propicio, como lo deseo.

Héme aquí en los campos de la Habana, que llamaré montes de caña, como otros los llamarían montes de Dios, y a fé que el Diablo tiene su gran parte de ellos. Pero qué sensaciones agitan en este instante mi corazón! ¡Ah! Si la Providencia oye la oración de mi alma, cuantas bendiciones no me derramará sobre ellos! Es tan pura mi oración, tan fervoroso mi ruego!

Me encuentro en el mismo lugar donde me hallaba a los once años de mi edad. Qué profundas son las impresiones de la infancia! Qué embeleso tienen sus recuerdos. ¡Me parece ver las respetables canas que me protegían en mi temprana peregrinación, y suplían, en cuanto suplirse pueden, la ausencia y cuidados de los padres; me parece oír los regaños del virtuoso sacerdote que correjía mis bellaquerías infantiles, y me penitenciaba por las faltas a las primeras lecciones de la lengua latina que me enseñaba, cuando nadie me dijo hasta entonces: aprende tu lengua patria, en que te convendrá más comprender a Cervantes y Jovellanos que a Tíbulo y a Cicerón. En este lugar, pues, escribo estos renglones, gozando de aquella sensación y aquellos recuerdos que en graciosa antítesis llamó Voltaire un triste placer, y que yo llamaría una dulce melancolía; porque, ¡como separar del corazón cuando el alma los trae, a aquellos seres bienhechores que han desaparecido y separándose de mi para siempre! ¡Descansen en paz!

Naturalmente dirá Ud.: y a que vendrá esta carta y a que vendrán estos cuentos del Lugareño? Hombre de Dios! ya verá Ud. si la carta vá donde debe, y si los cuentos vienen a cuento. Yo no he de decir a Ud. con qué intención los escribo y me atrevo a apostar que Ud. llenará mi intención.

Quiero escribir a Ud. pocas horas antes de que entre el año de 1844, por si no llego a verte, que no se me quede en el cuerpo lo que he visto al concluir el año. Pero qué, no alcanzaré a 1844? Triste cosa sería que yo me muriese sin ver todo lo que trae el año 1844. Y no pudiera ser que me muriese? Nuestra vida es tan precaria, tan prestadita que. Pero dejemos esto, no vaya Ud. a creer que estoy romántico, e intento suicidarme; nada de eso; mis cálculos se estienden á fines de este siglo; y mi intento es romper la zafra de este ingenio mañana; entre un centenar de guajiras y sitieras que me dicen son Huríes y Náyades de estos campos y ríos; pero voto al Chápiro, que si son de la misma vitola que las que ví anoche, y sí esotras me tratan como estas, habré hecho viaje a China! Anoche con una hermosísima luna, y un frío de patente tropical, es decir, delicioso me fuí con unos amigos a un sitio que está a tres cuartos de legua de distancia de este ingenio, a pié con el corazón dispuesto a divertirme entre los inocentes campesinos de la Habana. ¡Divertirnos! Nadie nos hizo caso entre catorce mujeres y más de veinte hombres de faldetas de fuera y machete.

Aquéllas estaban en la sala del rancho (que acá no faltan del mismo orden y belleza arquitectónica que los del Camagüey) y estos bajo un techo de paja en el exterior del rancho; ellas silenciosas, mohinas, como si estuviesen pensando sus pecados para confesarlos, y ellos burlando la vigilancia de la autoridad del distrito, jugando al monte; todos, sin exceptuar tres o cuatro niños, que, aunque no jugaban, recibían la fatal lección de sus padres, quizás, parientes y amigos. Ya ve Ud. amigo mío, las lindezas, la inocencia de nuestras costumbres campestres. ¡Qué horror!; qué esperanzas para el filósofo, el moralista y el político. Y quizás las tres cuartas partes no sabrán leer ni escribir, ni sabrán la dotrina, ni los principios de la religión nacional! No parece sino que nuestros ricos no ven que estos son los hombres a quienes confían las propiedades cubanas! Si gastasen los ricos, siquiera,





veinte y cinco pesos al año en educar a los pobres de la isla, no pasaría esto, y tendrían otros hombres a quienes confiar sus propiedades, que tanto más se las adelantarían, cuando más cultivados tuviesen el corazón y la inteligencia.

Mis compañeros y yo nos entramos en la sala, y nos sirvió de asiento una caja de colmena. Aquello parecía una junta de Cuáqueros, ó un velorio, más que otra cosa. Al fin vino el banquero a quien habían desbancado, y tomó primero una guitarra, tocó el punto, cantó unas décimas amorosas, como casi todas las que se componen para casos tales; vino luego otro que tomó la guitarra y el banquero, haciéndolo una cortesía a una dama se plantó en el punto y a su frente una moza de talla amazónica, que no necesitaba de más máquina de vapor, ni más artificios que sus lindos piés cubanos para zapatear y mecerse como el plumero de la caña sobre la cepa que la sostiene. Estaba vestida con lujo y con elegancia, bien que todas guardaban justa proporción y armonía con las elegantes de la ciudad. No así los hombres, que en nada absolutamente se acercan a los trajes de la juventud habanera. Porqué será esto? No guardan proporción el guajiro y la guajira. No se puede decir que el traje de ésta es peculiar del campo, como el del guajiro. Será porque éste trabaja y aquélla no? Esta es otra de nuestras lindezas; las mujeres de Cuba son todas ricas, supuesto que todas tienen habilidad para vivir sin trabajar. O será que la cubana tiene más alta idea de su posición social? Desde que nace vé el lugar que ocupa; se vé adorada como una divinidad, y no trabaja. ¡Que trabajen los bueyes decía un tierradentro; que trabajen los hombres dicen las cubanas. Decis bien, muchachas; para qué serviríamos nosotros si no trabajásemos para que vosotras no trabajéis, y nos ayudeis a gozar del descanso?

Fuimos, pues, tan mal recibidos entre aquellas gentes, que andábamos como perro en la iglesia. Me han explicado que la culpa la tuvieron, nuestras levitas, chalecos, pantalones de travilla, relojes y sombreros de pelo. Vaya en gracia! Otra vez buscaré traje adecuado como si fuese a Turquía. En tan triste situación y tan parados, resolvimos volvernos a nuestras casas.

Eran las once de la noche, y había que desandar tres cuartos de legua a pié, por entre las yerbas de la guardarraya; el frío de la media noche se hacía el gracioso con nosotros, y nos tiraba



de las orejas y narices como quien tira por lo suyo. Para colmo de males, llegamos a la casa, y la gente estaba toda recojida, excepto el criado que nos aguardaba, para llevarnos a nuestro cuarto. No paran aquí las angustias, sino que aquella mañana, no habíamos tomado en otro ingenio que dejamos para pasarnos a éste, más que un plato de sopa, y con el viaje en carruaje por un camino infernal idéntico á los del Camagüey, luego la caminata a pié, sólo encontramos agua fresca! Todavía subió de punto nuestra situación, cuando habían consentido tocar parte de un lechón tostado que diz que había en el tal sitio, y con todo que esta clase de animales, en esta situación, no se escapan ni a la legua de mis narices, que son como de *jíbaro*; por más que me volví al norte, y al sur, al este y al oeste, jamás me dió el olor de tal lechón, y creo que en todo el contorno se erigió la hoguera en que se tostase. ¡Vaya un chasco! Quiera Dios que no me lleve otro más sensible.

Páselo Ud. como desea pasarlo su amigo.

#### EL LUGAREÑO

Sólo me resta para concluir, señoras y señores, diciendo que él presintió su muerte o fué al menos, exacto en fijar cuándo ocurriría, de tal suerte que cuando muchos años antes de ella, como es natural, un amigo, el Conde de Pozos Dulces, le pidió unos datos biográficos suyos, al final de ellos consignó irónicamente: "murió en 1866" y en realidad el 7 de Diciembre de ese año dejó de existir en la Ciudad de la Habana, calzada de la Reina No. 147, donde hoy está la iglesia de los jesuítas.

Sus restos fueron llevados a Camagüey por mar, desde la Habana a Nuevitas y de aquí a su ciudad natal recorriendo la jornada de aquel camino de hierro que había sido su obra de progreso más transcendental en su patria chica.

Lo que fué su entierro en Camagüey, se publicó en el periódico "El Siglo" del 18 de Diciembre de 1866, pero hay una carta de su sobrino José Ramón a un señor Martí que no hemos podido identificar aún ni el Dr. González del Valle, ni yo, en que se narran con lujo de detalles las peripecias ocurridas en Camagüey

al ponerse frente al dolor de un pueblo la maldad y desvergüenza de los gobernantes de España.

La carta dice:

Puerto Príncipe, 21 de Diciembre de 1866.

Mi querido Martí: la precipitación con que escribí a V. mi última carta me impidió corregirla y hasta leerla antes de remitirla al correo, porque era ya llegada la hora de la salida de éste y me faltó el tiempo para todo.

D. José del Castillo, amigo de Gaspar, me pide los mismos detalles, así como Luis de Zayas, a quien encargué de la dirección del entierro en la Habana: no tengo tiempo para repetirla. El Fanal ya lo ha hecho, se ha escrito una reseña bastante exacta para El Siglo, y he dicho ayer a los amigos Castillo y Zayas se vean con V. si algo mas desean. Tenga la bondad de prestarles mi carta para que la lean y de guardármela; porque tiene detalles que no han podido publicar otros, y que yo olvidaré por completo, si los confío a mi memoria. Pero ahora recuerdo que he ofrecido a V. algunos episodios curiosos de esta historia, y aunque halle desagrado en contraerme a uno que otro, nada quiero omitir de lo que he visto o he sabido.

1º—Al llegar mi telegrama, anunciando la muerte de Gaspar, Gollo lo llevó a la ..ilarmónica donde causó profunda impresión, se mandó poner en un cuadro, se cerraron los salones de billares y juegos, así como las puertas de la calle, poniendo en ellas crespones negros. En algunas casas se hizo lo mismo. El General lo supo, mandó abrir las puertas, quitar los crespones de todas las casas, y exigió que la Compañía de Opera que se estrenaba esa noche y que había dispuesto suspender la función, por acuerdo de los abonados, la diese, sin embargo, el Teatro estuvo desierto esa noche como en las demás, hasta ahora que empieza a concurrir la gente. Esta primera medida del General, produjo descontento en el pueblo, que no sabe oír mas que sus instintos o sus pasiones, y Carlos de Varona que es zorro viejo, con el tacto que V. le conoce, se fué derecho al General, tuvo con él una larga entrevista, en la que convinieron en evitar toda manifestación ruidosa, autorizando u a lo menos hacerse de la vista gorda, a todas aquellas



que inspirasen sentimientos naturales y dignos. Carlos persuadió al General de que las circunstancias eran muy críticas, de que el pueblo estaba generalmente impresionado, de que era peligroso tratar de refrenar por la fuerza sus afectos, y conveniente al gobierno darles vado por una corriente suave, a fin de ganar sus simpatías, en vez de despertar sus iras, exitar su desesperación, y revivir sus recuerdos pasados. El General lo comprendió así, y entonces Carlos sin decir una palabra a nadie se dirigió a la imprenta del Fanal.

2o.—Allí halló gran oposición en los Zaldívar a decir una palabra en elogio de Gaspar, bajo el pretexto del filibusterismo; pero la verdad, por no disgustar a José de la Cruz Castellanos, que podía ser más útil a ese periódico, que un muerto por grandes que hubiesen sido sus servicios anteriores y sus merecimientos. Carlos les echó en cara tan asquerosa ingratitud, y llegó hasta amenazarlos con que el pueblo entero abandonaría la suscripción del Fanal y se crearía otro periódico. Se mandó buscar a Monteverde, éste apoyó a Carlos en cuanto dijo, y el miedo alcanzó de esta jente, lo que debieron inspirarle desde el primer instante sentimientos naturales y honrosos.

Allí se escribió el alcance y por . . . . . ha escrito lo demás.

3o.—La Compañía lírica con mas tacto que el Fanal, comprendiendo las simpatías que Gaspar tenía en el pueblo, y bajo el pretexto de que Gaspar había honrado la memoria de una artista Italiana (la Pancaldí) costeándole hasta el sepulcro, se brindó a cantar gratuitamente, con toda la orquesta del Teatro.

4o.—Los artesanos de color de Puerto Príncipe prepararon un gran catafalco y una gran vijilia para cantársela en la Soledad, antes de llegar a la Iglesia Mayor el cadáver, lo que le fué negado por el Gobierno.

5o.—Ya sabe V. que todo el mundo fué descubierto y entristecido al entierro; pues bien, el Gefe de Policía se presentó en varios puntos de la carrera con sombrero puesto y tabaco en la boca. La indignación de algunos llegó hasta el extremo de tratar de arrancarle la cabeza con el sombrero, yo afortunadamente lo supe a tiempo, y cuando ya empezaba a extenderse la tempestad, pude calmarla con este sólo pensamiento. “Sangre de un miserable no merece manchar una ovación tan digna, ni esas fúnebres



coronas tejidas por nuestras manos más hermosas y puras". Gaspar nunca les perdonaría a Uds. el que virtiesen por su causa, una sola gota de sangre humana. Esto salvó a ese Gefe que a esta hora está ya depuesto.

6o.—Anita Betancourt mandó a comprar flores a S. Lázaro y se las mandaron en una cantidad inmensa, manifestándole que nada valían. Se mandó una onza de limosna para los pobres lazarrinos, y éstos las lágrimas en los ojos la rehusaron, declarando, entonces que querían hacer ese homenaje al Lugareño, que nunca pasó una semana, sin que éste los visitase, consolara y remediase, y muchas veces le vieron entrar sólo a arrodillarse junto a la tumba del Padre Valencia, y permanecer allí algunas horas.

7o.—Los Escolapios que a ninguna función religiosa asisten aquí, han figurado siempre en el acompañamiento. El Rector y el padre Almanza se brindaron para hacer la oración fúnebre en la misa; se pidió permiso por telégrama al Arzobispo de Cuba, quien lo negó.

8o.—Varios comerciantes y vecinos respetables del pueblo han acudido a la familia, para que les permita abrir una suscripción que no puede exceder de un peso ni pasar de Pto. Pre., con objeto de erijirle un monumento a Gaspar en el Cementerio; yo exijí que fuese tan modesto como el carácter del hombre a quien se dedicaba, y se ha acordado que lo constituya una media columna de mármol con el busto de Gaspar de la misma piedra encima. Éste se hará en Florencia o en los Estados Unidos, yo indiqué el primer punto, porque allí hay buenos mármoles y grandes estatuarios, porque allí vivió Gaspar y fué conocido, porque allí nació Alonso. No sé lo que harán. El Ayuntamiento cederá el terreno necesario para este sepulcro. Llevo además el encargo de un gran retrato para la Filarmónica a fin de colocarlo junto al de la Avellaneda en el Salón de Cesiones.

9o.—Se notava que un gran número de pobres no se separaban del féretro de Gaspar y así siguieron su entierro. En la plaza del Cristo quisimos nosotros darle algunas limosnas y con ese motivo nos acercamos a ellos, entonces vimos las historias más tiernas y completamente ignoradas. A una le había fabricado la casa que habitaba, a otras le había dado materiales para reedificarlas, a muchas le pasaba pensiones alimenticias, distribuía entre otras las



arrias de "Najasa", tenía colocados a sus padres, a sus hermanos o a sus hijos, pagaba la educación de muchos niños, los visitaba con frecuencia, les llevaba médicos y medicinas en sus enfermedades, era en fin para todos una providencia secreta, cuya pérdida no cesaban de lamentar.

10.—En esa misma plaza del Cristo casi frente del grupo a que acabo de contraerme, estaba parado Iraola, junto a su cuñado Cupido, ambos vestidos de negro y con sombrero en mano, dicen que el primero manifestó al segundo en alta voz que así solo se había enterrado en Pto. Pre. a Dios o al Diablo, porque el Diablo eran el Conde de Villamar y D. Diego Alonso del Castillo y que él no creía que Gaspar era Dios. Un montuno que estaba a su lado le contestó que si Gaspar no era Dios el que estaba hablando era Diablo. La palabra fué acompañada de tal amenaza, que el que estaba al lado, me refiere que Iraola salió del lugar y fué a buscarme y en efecto recuerdo que en este sitio se acercó a mí y me apretó las manos, aunque llevando compunjada algo la cara. La verdad quédese en su puesto.

En esa misma plaza del Cristo, el Gefe de Policía tuvo el arrojo de mandar algunas personas que se pusieran el sombrero, nadie quiso obedecerle, más que un negro, de un joven Santelices, sópolo éste y fué inmediatamente y mandó al esclavo que se descubriese, haciéndole observar al Gefe de Policía que ese negro era suyo y que no le parecía conveniente que se aconsejara la falta de respeto a la religión y al pueblo.

El Gefe de Policía desapareció sin contestar una palabra.

11o.—Un joven comerciante que llaman aquí el "Mono-ciego", hermano del amigo de V. D. Manuel Martínez, miraba desde un quicio pasar el entierro y le preguntó a Antonio Borrero ¿cuánto se le pagaba a los cargadores del Lugareño?—Si se pagara algo le contestó—tu vendrías cargando. . . . y no te respondo de otro modo, porque no quiero que digan que donde quiera que hay un Estrada, hay bofetones y escándalos. Los camagüeyanos dicen que no volverán a comprar una hilada al "Mono-ciego". Yo le pido a Dios le abra los ojos.

Sería interminable si refiriese otros detalles menos importantes. La verdad es que ninguno de los desagradables, ha disminuído en un ápice la majestad, la ternura, el dolor, la circuns-



pección de un pueblo que jamás se ha elevado tanto al demostrar la unidad de sus sentimientos por un hombre, y he aquí por qué creo que hay algo de providencial y divino en esta ovación. Gaspar había amado, había sufrido mucho, Gaspar nunca vivió para sí, sino en los demás, y para los demás, Gaspar era la encarnación del alma de un pueblo si se me permite decirlo así, y el pueblo todo se ha estremecido como un sólo cuerpo al sentir que Dios le arrebatada esa Alma.

Adios de su affmo.

José Ramón.

Os he abrumado un tanto con el tiempo que os he demandado de atención, pero perdonádmelo, porque he cumplido un deber y siento en mi la satisfacción vivísima que ello me produce como cubano. Desgraciado ha de ser el pueblo que no tenga hijos empeñados, sin envidias ni dobleces, en poner a luz las glorias y los méritos de sus hijos mejores, y feliz el pueblo que tiene todavía oyentes de resignada paciencia para gustar de la historia de su patria, porque de él al cabo se puede decir que si tiene muchos que tratan de hundirla hay otros que aprenden para salvarla.

He terminado.